

sobre el pecho el libro de los Evangelios, y pronunciaba las siguientes palabras: « Estoy aquí delante de Dios y de vosotros para confesarme y declarar mi falta por todos los pecados que hasta aquí he cometido, y espero recibir vuestro perdón. » Seguidamente ponían sobre su cabeza el libro de los Evangelios, con lo cual quedaba absuelto. Si un creyente recaía en sus culpas, debía confesarse y recibir de nuevo y en particular la imposición de las manos.

Suplía al sacramento del orden la elección que hacían de sus jefes espirituales. Tenían cuatro grados que eran: el obispo, el hijo mayor, el hijo menor, y el diácono. Estaba reservada al obispo la preferencia en cuanto á imponer las manos, partir el pan y recitar las oraciones: á falta de este hacía sus veces el hijo mayor, si no, el menor ó el diácono, y en defecto de todos ellos un simple creyente y hasta una cátera. Los dos hijos eran coadjutores del obispo; como tales visitaban á los cáteros, y tenían en cada ciudad un diácono, para que oyese los pecados leves una vez al mes, lo cual se llamaba *caregare servitium* entre los Lombardos que conservaban la distinción de los pecados veniales. El obispo antes de morir inauguraba por medio de la imposición de las manos al hijo mayor que debía sucederle.

Llamaban á la imposición de manos *consolacion*, ó bautismo espiritual, ó bautismo del Espíritu Santo; y sin ella no podía perdonarse el pecado mortal, ni comunicarse el espíritu consolador (1). Si uno de los *perfectos* imponía las manos á un moribundo y rezaba la oración dominical, aquel tenía asegurada su salvación. Los albigenses negaban que este efecto naciese de la material imposición de las manos, porque una hechura del diablo, cual eran nuestros miembros, no podía producir bien alguno; pero atribuían esta virtud á la oración que se recitaba; sin embargo, estaban acordes en afirmar que la consolación no podía borrar las culpas cuando se hacía por un hombre que se hallaba en pecado grave, porque, según la doctrina de los antiguos donatistas, no podía conferir el Espíritu Santo quien lo había perdido. Por esta causa se hacía al ménos por dos ministros, sin que ello excluyese el temor respecto de su eficacia.

Fr. Raniero Saccone añade, que dada la consolación al moribundo, le preguntaban si quería ir al cielo entre los mártires ó entre los confesores. Si elegía lo primero, lo hacían extrangular por un sicario asalariado al efecto, si lo segundo, no le daban de comer ni beber. Estas son atrocidades gratuitas, que acostumbra á oponer la ignorancia ó la malicia á todas las asociaciones secretas, y que vemos que los gnósticos ya las atribuyeron á los primeros Cristianos, y hasta en nuestros días se han atribuido

(1) Para oponerse á la consolación de los albigenses, mandó el Concilio Lateranense que los Cristianos se confesasen al ménos una vez al año.

á los Hebreos y á los Católicos en países muy civilizados (1). No ha habido delito de que no hayan sido tachados los patarinos. Eran ladrones, usureros, y sobre todo carnales con concorsios promiscuos y contra naturaleza; cometían el adulterio y los incestos en cualquiera grado, habiendo erigido en dogma que el hombre no podía pecar del ombligo abajo, porque el pecado tiene su origen en el corazón. Estas aserciones están muy léjos de la verdad, como lo convence el ver en otras partes y hasta en los libros de sus mismos enemigos, que era otra de sus máximas, tener como pecado hasta el comercio marital; que se imponían penosas abstinencias para reprimir los estímulos de la carne, rebelde á la voluntad y obra del mal principio; que tenían tres cuaresmas al año; que observaban perpétua abstinencia de carnes y leche; se sujetaban á reiterados ayunos y eran frecuentes sus oraciones (2). Por todo esto no vacilamos en refutar como espúreas algunas profesiones de fe que exhiben sus antagonistas, según las cuales los iniciados no solo renunciaban á toda sana creencia religiosa, sino á toda moral, virtud y pudor. Sin embargo, la fórmula de iniciación que encontramos en el *Tesoro* de Martene, puede tenerse por veraz, porque trae su origen de Saccone, que fué uno de los consolados, y posteriormente su mas acérrimo perseguidor, como lo son siempre los renegados. Héla aquí:

Reunidos los creyentes, el obispo ó quien hace sus veces interroga al neófito en estos términos: ¿Quieres someterte á nuestra fe? Este responde afirmativamente, se arrodilla y pronuncia el *Benedicite*. Entónces el ministro dice: *Dios te bendiga*, lo cual repite tres veces, alejándose mas del iniciado en cada una de ellas. Este añade: *Rogad á Dios que me haga buen Cristiano*, el ministro responde: *Plegue á Dios hacerte buen Cristiano*; despues le dirige las preguntas siguientes: *¿Te sometes á Dios y al Evangelio?* — *Si.* — *¿Prometes no comer carne, huevos, queso, ni ninguna otra cosa que no sea de agua ó de madera?* (Esto es, frutas ó pescados.) — *Si.* — *¿No mentirás? ¿No jurarás? ¿No matarás ni aun á los becerros? ¿No contaminarás tu cuerpo con la lujuria? ¿No irás solo, cuando puedas tener compañía? ¿No comerás solo pudiendo tener comensales? ¿No te*

(1) Hizo mucho ruido un proceso instruido contra los Hebreos de Damasco en 1840, atribuyéndoles que en cada Pascua mataban un hombre para sus ceremonias. Poco ántes tambien se oyó en el parlamento inglés hacerse cargo á los Católicos de Irlanda del crimen de degollar un niño sobre el altar; *Asif he were to slay a young child.*

(2) El dominico Sandrini, que deseaba y pudo reconocer á su placer los archivos del Santo Oficio en Toscana, escribe lo siguiente: « Aunque he buscado los procesos formados por nuestros hermanos y los he examinado, no he encontrado en ellos que los herejes consolados de Toscana llegasen á cometer actos atroces y ménos excesos carnales, especialmente entre hombres y mujeres; de donde deduzco que si los frailes no ocultaron esto por modestia, lo que no es creible en hombres que reparaban en todo, sus errores eran mas bien de entendimiento que de sensualidad. » AP. LANZI, *Lezioni d'antichità toscane*, XVII.

acostarás sin calzoncillos ni camisa? ¿No abandonarás la fe por temor al fuego, al agua ó á otro suplicio? Despues que el neófito contestaba á cada una de estas preguntas, se arrodillaba toda la asamblea, y el sacerdote ponía sobre el novicio el libro de los Evangelios, leyendo el principio del de San Juan; despues lo besaba tres veces, haciéndolo tambien todos los demas y dándose unos á otros la paz; y concluía esta ceremonia poniendo en el cuello del iniciado un hilo de lana y lino que jamas debía quitarse.

Habia un arcano en sus creencias que solo se comunicaba á algunos *perfectos* ú *hombres buenos*: « Yo, dice Estéban de Bellavilla, supe por un sacerdote que lo habia oído bajo confesion, que estos herejes, para conocerse entre sí, decían al encontrarse: *Cógelo por la oreja*; y el otro respondía: *Sed bien venido*, y le recitaba sus principales mandamientos (1). »

Entre las poetas provenzales, hay una de los valdenses, titulada: *El nuevo consuelo*, que es como sigue:

« Hé aquí el nuevo consuelo que envió á la virtud laboriosa, escribiéndos en caridad y afecto, y rogándoos con toda mi alma, que por amor del Señor abandonéis el siglo y sirváis á Dios con temor. »

« Tranquilos dormís en vuestra maldad y no quisierais despertar, porque los estímulos de vuestra pereza os inclinan á reposar muéllamente en el lecho de la avaricia, reclinando vuestra cabeza sobre la almohada de la codicia. »

« Vuestra vida es un sueño continuo; durmiendo soñáis el sueño del placer, os parece que este sueño no podrá faltar; pero al despertaros quedaréis atónitos y muy afligidos. »

« Tomáis con placer vuestro vano sueño; pero repentinamente os herirá la guadaña de la muerte y os despertará, é iréis á un mal puerto, donde ni el parentesco ni la riqueza os proporcionarán descanso. »

« El cuerpo quedará dentro de una fosa oscura; el espíritu dará razon de su conducta según la justicia; allí no habrá excusa por llanto ó temor; todo se os pagará medida por medida. »

« Muchos son tentados con tentación engañosa; vuelven sus ideas contra la Escritura y sus inclinaciones á los lazos carnales, con los que el demonio los llevará al precipicio. »

« Otros son siervos del Señor y marcados con su sello. Cristo los llama su pequeña grey; verdaderos corderos, muchas veces perseguidos por los furiosos malvados. »

« Estos buenos corderillos siguen á su pastor, le conocen bien y él los conoce, los llama por su nombre, les sale á su encuentro y oyen su voz con mansedumbre. »

(1) « Prens le par l'oreille. — Bien venant soyes vous. » AP. MARTENE, *Thesaurus*, tom. V, p. 1794.

« Venid y no acudáis en noche tenebrosa, la cual es oscura, espantosa, muy horrible, y el que de noche llega, no debe esperar que el esposo ó la esposa le abran sus preciosas puertas. »

La falta mas grave y que acordemente se atribuye á los patarinos, es la obstinación. En medio de los ultrajes, de los tormentos, en presencia de una muerte oprobiosa, léjos de convertirse se endurecían mas, protestaban su inocencia y espiraban cantando alabanzas al Señor con la esperanza de encontrarse pronto entre sus brazos. En la historia de los albigenses encontraremos multiplicados ejemplos de esta obstinación, así como de la atrocidad de sus perseguidores. En Lombardia conservaron por mucho tiempo la memoria de una doncella, cuya belleza y edad inspiraron una compasión general. Tratando de salvarla del castigo, quisieron que presenciase el suplicio de su padre, madre y hermanos y que los viese consumir por las llamas, esperando que de este modo se convertiría por terror; pero no sucedió así. Despues de considerar por algun tiempo aquel atroz espectáculo, se escapó de las manos de sus guardas y se precipitó en las llamas para confundir su último aliento con el de sus padres (1). La mayor importancia de esta herejía era la guerra que hacían á la iglesia exterior. El Hijo del Hombre la habia constituido de modo que, en todos los climas, los creyentes estuviesen unidos y acordes en la fe, y en tal concepto independientes de las autoridades temporales. Estas naturalmente estudiaban el modo de quitar aquella barrera al despostismo, y de aquí surgían las cuestiones que se veían frecuentemente entre la espada y el báculo pastoral, y en su consecuencia el que algunas sectas procurasen cancelar los dogmas inherentes á la unidad del sacerdocio, para constituir sociedades religiosas especiales. Muchos de sus ataques encontraron apoyo en la vida desarreglada del clero, y los predicadores no ménos que los poetas (2) atestiguan unánimemente su depra-

La Iglesia.

(1) MONTE, *Summa*.

(2) Gualberto Mapete, capellan de Enrique II de Inglaterra, dirigió al papa una queja, que, ya se mire como sería ó como burlesca, presenta una muestra del modo de vivir de los prebendados.

Sed quis sum qui ausim loqui,
Coram tanto? quis ego, qui
Sano fretus capite,
Rodo pravos in aperto,
Vox clamantis in deserto:
Rectas vias facite?
Quid desertum nisi mundus?
Mundus quidem, sed immundus
Quia munda respuit;
Sed desertum dici dolet,
Nam quod fructum dare solet
Ecce prorsus aruit.
Qui solebat in praelatis
Germinare largitatis
Et pudoris flosculos:
Tali parte destitutum
Gramen affert non virtutum,
Sed spinas et tribulos.
Qui sunt spinæ tribulique?

vacacion. Escritores religiosísimos confiesan tambien la perversion de los eclesiásticos en Lan-

Qui pastores prelatique?
Amatores muneris,
Qui non pascant, sed pascantur,
Non a pasco derivantur,
Sed a pasco pascaris.
Blandos amat et bilingues,
Canes muti, tauri pingues,
Gigantium fraterculi;
Qui thesauros conservant,
Non dispergant, sed observant
U: pupillam oculi.

Omnis habens muneratur:
Non habenti supplantatur
Id ipsum quod habuit.
In deserto mundi hujus
Nemo floret, nisi ejus
Bursa nondum vomuit.
Bursa pregnans principatur,
Sapiensque conculeatur
Si manus ere vacet.
Nam si pauper sit Sophia,
Vilis erit: quare? quia
Pauper ubique jacet.

Pauper jacet; sed palpones
Quorum blandi sunt pimonos,
Et ipsi sunt jacula:
Isti sunt quos mundus amat,
Et de quibus Psalmus clamat:
Beati in macula.

In macula sunt beati,
Sed non sunt immaculati,
Teste conscientia:
Vivit leno more suis;
Quia in labilis suis
Diffusa est gratia.

Quid dant artes nisi luctum
Et laborem? vel quem fructum
Fert genus et species?
Olim plures non est miram
Provehebat arma virum
Et fraternas acies.

Antiquitas nam studere
Fructus erat, et habere
Declamantes sajós:
Nunc in arca sepelire
Nummos, majus est quam scire
Bella per Æmathios.
Si per aquas Rubri maris
Designetur salutaris
Lavaeri lavatio.
Licet hoc seiat, quod lucrum fert,
Quid hoc mihi scire confert,
Si sciens esuri?

Christus solet appellari,
Lapis scissus de altari,
Non manu sed foreipe;
Hoc est notum sapienti,
Sed præbendam requirenti
Nemo dicit: Accipe.

Fudit aquam ter Helias,
Pater sanctus Isaias,
Trinitatem innuit.
Vidit Abram trinum chorum,
Ruth in agro Judæorum
Trinitatem messuit....

Ergo quia tot oppressis
In studenda prava messis
Creditor plus aspera?
Ad romani sedem patris
Et ad sacrosanctæ matris
Sum reversus ubera.

Turpe tibi, Pastor bone,
Si, divina lectione
Spreta, flam laicus:
Aut absolve clericatu,
Vel fac ut in cleris statur
Perseverem clericus.

Dulcis erit mihi flatu
Si præbenda muneratus
Reditu, vel alio
Vivam licet non abunde,
Saltem mihi detur unde
Perseverem studio.

guedoc (1). Por lo comun se elegian de entre los esclavos, á los cuales los nobles hacian conferir las órdenes sagradas para disfrutar en su nombre los bienes de las Iglesias. Estos observaban sus costumbres serviles respecto de su patronos, uniendo á la ignorancia la corrupcion, y despojando de sus caudales á los enfermos, huérfanos y viudas para disiparlos despues en la embriaguez y la lascivia. Esto proporcionaba á los innovadores temas muy verdaderos, cuando levantaban su voz contra el clero, y el vulgo fácilmente se persuadia que siendo verdadera aquella inmoralidad que denunciaban, tambien lo sería la falsedad que atribuian á los dogmas.

La Iglesia en un principio opuso á estos errores los remedios que le convenian, ya reformando los suyos, ya amonestando ó excomulgando á los disidentes. En el antedicho concilio de Tours, el arzobispo de Narbona condenó á los *buenos hombres* que impugnaban la autoridad del Antiguo Testamento y la santidad del matrimonio. Los reyes de Francia é Inglaterra enviaron á Tolosa al legado Pedro de San Crisógono y muchos obispos para extirpar la herejía, y encerraron en una cárcel al caballero Pedro Mauran, que la predicaba; mas este abjuró sus errores, y se le impuso por castigo servir durante tres años á los pobres en Jerusalem. Alejandro III en el concilio general Lateranense III fulminó el anatema contra los herejes difundidos por la Gascuña, Alby y Tolosa con el nombre de cátaros, patarinos, publicanos y otros.

Contra estos herejes y otros semejantes se ejerció el celo de los monjes, y especialmente de los pertenecientes á las nuevas órdenes. Á fines del siglo XI se habian establecido diversas congregaciones, como los buenos hombres del Lemosin que tuvieron por fundador á Estéban Thiers, caballero de la Auvernia, el cual, despues de muerto, hizo tantos milagros que el nuevo prior le mandó no los continuase, porque aquella reciente orden no ambicionaba los aplausos de la muchedumbre. El doctísimo teólogo Bruno de Colonia fundó en el Delfinado la religion de los Cartujos, orden rigidísima, donde se prohibia hasta el uso de la palabra, á fin de que los religiosos no se ocupasen en otra cosa que en la oracion y en copiar libros. Tambien vemos reformada la regla de San Benito, primero por Benito d'Aniano y despues refundida en la orden de Cluni, la cual se enriqueció repentinamente, en tales términos que San Bernardo vió á su abad acompañado de mas de cincuenta caballos (2). Por ello San Roberto se retiró de la abadía que habia fundado en Molemes al desierto de Giteaux, cerca de Dijon, donde renovó en toda su autoridad la regla de San Benito; pero no queria recibir novicios. Al hábito negro,

(1) Por ejemplo, los padres Vic y Vaissette en la *Hist. de Languedoc*.

(2) « Mentior si non vidi abbatem sexaginta equos et eo amplius in suo ducere comitatus... Omitto oratorium immensas altitudines, etc., etc. » t. IV, p. 33, edic. Mabillon.

Cistercienses.
1098.

sustituyó el blanco; obligó á los monjes á trabajar como en los primeros tiempos, y mientras las otras congregaciones aspiraban á hacerse independientes de los obispos, esta les prometió entera sumision. Al poco tiempo los del Cister contaban ya mil ochocientos conventos de hombres y mil cuatrocientos de mujeres.

Esta rigidez agradó mucho al genio austero y contemplativo de San Bernardo y eligió aquella orden, la cual con la fama de su santidad aumentó en crédito, de modo que muy pronto no fué suficiente el convento que tenian y se vieron precisados á fundar otro en Clairvaux, (Claraval), del que fué primer abad el mismo Bernardo, á pesar de que solo contaba veinticinco años. Repentinamente el desierto apareció cultivado y lleno de gentes que trabajaban en silencio, y sirvió de ejemplo á otros conventos que se multiplicaron por todas partes.

Guillermo de Champeaux, maestro y despues adversario de Abelardo, indujo á Luis VI á construir una abadía cerca de Paris, bajo la advocacion de San Víctor de Marsella, á la cual agregó una congregacion de canónigos regulares, destinados á la enseñanza. Roberto d'Arbrisse, que principalmente habia dirigido su elocuencia á convertir mujeres de mala vida, fundó en el valle de Fontevraud, en el Poitou, dos monasterios bajo la regla de San Benito; pero su celo no le dejaba observar los desórdenes que se insinuaban entre los nuevos convertidos, que él no distinguia segun su sexo. La superiora de las mujeres tenia potestad sobre los hombres; su número creció, y fué preciso reformar la regla. En Premontré, el obispo de Laon fundó otra orden, auxiliado por San Norberto, capellan de Enrique V y despues arzobispo de Magdeburgo. Esta religion fué con el tiempo una de las mas famosas.

Aquella continua meditacion sobre sí mismos, aquella incesante comparacion con la inefable belleza, sorprendiendo el mal en su origen, bajo las formas mas fugaces, aquella vehemente aspiracion al bien infinito, al bello sustancial, infundia en los solitarios cierta delicadeza de sentimientos y una gran penetracion del corazon humano, de donde resultó el profundo conocimiento del hombre, que aparece en sus moralistas y oradores.

Despues se dedicaron otros de un modo especial al trabajo. Algunos Milanese, que en la guerra con el imperio fueron hechos prisioneros y conducidos á Alemania, aprendieron en la escuela de la desventura los desengaños del mundo, é hicieron voto á María de dedicarse á su especial servicio, si tenian la dicha de regresar á su patria. Lograronlo al fin, é instituyeron la orden de los Humillados, viviendo cada uno en su casa; pero solos, envueltos en un tosco saco ceniciento y ocupados en un trabajo santo. Muchos los imitaron, de modo que compraron una casa, donde se congregaban los dias de fiesta para cantar salmos y ejercitarse en obras de piedad. Las mujeres, á ejemplo de sus ma-

T. IV.

ridos, se ocuparon tambien en actos de devocion y en sus labores. San Bernardo les dictó una regla, y entónces los Humillados se separaron de sus mujeres, y ademas de ocuparse en los ejercicios espirituales, se dedicaron al tejido de lanas y al comercio. Despues el beato Juan de Meda, que los trasladó á Como, perfeccionó su instituto, promoviendo muchos á la dignidad sacerdotal, y poniendo un preboste al frente de cada convento. Así se aumentaron y enriquecieron extraordinariamente con el tráfico y con sus manufacturas de lana.

La orden de Altopascio en Toscana tenia por instituto defender á los viajeros, alojarlos, construir y mantener puentes y caminos (1). Un buen ermitaño reunió en Parma otra compañía para fabricar y custodiar un puente sobre el Faro (2). La compañía de los *Carrettieri* en Normandía atendía á la construccion de las iglesias, se congregaban por la madrugada, comulgaban, se reconciliaban con sus enemigos y elegian un jefe, bajo cuya direccion se ponian á trabajar (3).

Juan de Mata, caballero de la Provenza, compadeciéndose de aquellos que se hallaban esclavos en poder de los infieles, se unió á Félix de Valois para ocuparse de su rescate, formando una orden que pidiese limosna para este objeto, la cual fué confirmada por Inocencio III, dándole el nombre de *Trinitarios* (4). Admirable asociacion de la penitencia con la caridad, que no por ello evitó se la tachase de una presuntuosa revolucion de filantropía.

Con el mismo intento, Pedro Nolasco, caballero de Languedoc, fundó la orden de Nuestra Señora de la Merced, confirmada por Gregorio IX, y que tuvo su principal asiento en España, si bien despues se difundió por América.

Tambien Guido de Mompeller estableció en su patria un vasto hospital, cuidado por una orden de legos, que pronto tuvo convento en Roma y otras partes. Cuando Inocencio III fundó y extendió el edificio del hospital de Santa María en Saxia, cometió su direccion á estos religiosos, uniéndoles eclesiásticos con voto expreso de asistir á los enfermos. Las limosnas que se recogian en Italia, Inglaterra y Hungría se destinaban al hospital de Roma, y las demas al de Mompeller.

Siete señores florentinos, miembros de una cofradía de la Virgen María, á consecuencia de una vision en que se les mandaba renunciar al mundo, distribuyeron todos sus bienes á los pobres, se cubrieron con un saco, ciñéndose con cadenas, se dedicaron á vivir de limosnas, tomaron el nombre de siervos de María y abrieron el primer convento sobre el Monte Senario, cerca de Florencia.

(1) LAMY, *Mem. eccl. florent.* t. I, p. 506.

(2) AFFO, *St. di Parma.* t. II, p. 219.

(3) DEPPING, *Expéd. marit.* t. II, p. 209.

(4) Tambien se llamaba de la Rendencion de cautivos, y de los asnos, porque andaban montados sobre estos animales; ó de los matorinos, porque su primer convento de Francia estaba cerca de una capilla de San Maturino.

1236. Mas tarde Alejandro IV reunió en una las diversas congregaciones de ermitaños mendicantes, y les dió el nombre de ermitaños de San Agustín.

Estas sociedades no formaban conventos aislados, sino congregaciones, modeladas por las de los Cluniacenses, cuyos miembros constituían un solo cuerpo bajo una cabeza común. Pero los Cluniacenses tenían forma monárquica y los del Cister aristocrática, porque con el abad de Cîteaux participaban de la autoridad suprema los de los conventos de la Ferte Pontigni, Clairvaux y Morimond, gozando del poder legislativo el capítulo general de todos los abades. Por esta época principiaron á recuperarse los bienes que la infeudación había usurpado á las Iglesias, y los que los poseían se daban por contentos de venderlos á buen precio á los nuevos conventos, como lo hacían respecto de los de las Iglesias, cuyos patronos pretendían gozar los bienes y los diezmos. De este modo los monjes llegaron pronto á obtener grandes riquezas.

Carmelitas. 1160. No hablaremos de las órdenes militares, porque en otra parte nos hemos ocupado de ellas; tratarémos, pues, de los Carmelitas fundados con rigurosos estatutos por el Calabres Bertoldo en el Monte Carmelo, donde era tradición que vivió Elías. Despues los trasportaron á Chipre, y de allí se esparcieron por toda Europa.

Pareciendo á Inocencio III bastantes las órdenes hasta entónces fundadas, prohibió la introducción de otras; sin embargo, bajo su pontificado nacieron dos que eclipsaron á las precedentes: la de los religiosos Menores y la de los Predicadores.

San Francisco. 1182.

Á la mujer de Pedro Bernardone, rico comerciante de Asis, se le apareció un ángel y la mandó que pariese sobre la paja de un establo. Así nació el niño Juan, el cual, luego en su juventud conversaba incesantemente con los muchos Franceses que frecuentaban la tienda de su padre, y se adiestró de tal manera en su idioma que le llamaron *el Francesco*. Al principio era vigoroso, alegre, bullicioso y buen poeta; pero convertido á los veinticinco años, vendió todos sus bienes en Folino, y llevó el dinero á un sacerdote, quien se negó á recibirlo, pero Francisco lo arrojó todo por una ventana. Su padre, que era muy económico, lo creyó loco y lo presentó al obispo, quien lo puso bajo de interdicción judicial. Satisfecho de esta medida, se despojó de todas sus ropas, quedándose enteramente desnudo; pero el prelado le echó su manto para que con él se cubriese. Al momento renunció á su padre, se vistió de andrajos, hizo que le adoptase un portador, y principió á exhalar por medio de la predicación aquella ardiente y exuberante caridad de que rebosaba su alma, y con la cual se lisonjaba conquistar el mundo.

Su primer discípulo, llamado Bernardo, ciudadano de Asis, le preguntó si abandonaría el siglo, y solo le dió esta respuesta: « *Consulta-*

selo á Dios. » Habiendo abierto despues el libro de los Evangelios al acaso, leyó aquellas palabras: « Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres. » Lo volvió á abrir y se encontró con este texto: « En tus viajes no lleses oro, ni plata, ni alforja, ni túnica, ni sandalias, ni báculo. » Esto es lo que busco, esto es lo que deseo con todo mi corazón, esta es mi regla, exclamó Francisco y arrojó cuanto le quedaba, excepto una túnica con capuz y una cuerda que ató á la cintura. De este modo se presentó predicando la pobreza y la caridad en aquel mundo embriagado con las riquezas y placeres, en el mundo de Ecelino y Federico II, en el mundo de la ira, de la soberbia, y de las guerras. Se atrajo once compañeros y con ellos se sometió á las mas rudas penitencias, á una pobreza casi absoluta, hasta renunciar á la posesion de los muebles mas indispensables para la vida, y no considerar como suyos ni el vestido, ni aun los libros. Los Benedictinos le cedieron una capillita ruinosa en el llano de Asis, llamada la Porciúncula, y la reconstruyó, colocando allí los primeros cimientos de su orden, que tituló, por humildad, de frailes Menores, los cuales tenían que vivir entre pobres, enfermos y leprosos, trabajar para alimentarse y mendigar.

Francisco hizo la mas completa abnegación de su voluntad, y decia: « Bienaventurado el siervo que no se cree mejor cuando se ve ensalzado, que cuando es envilecido y despreciado, porque el hombre ante Dios aparece como realmente es en sí y nada mas. » No bastando á su ilimitado amor comprender en él á todos los hombres, lo extendió á las demas criaturas. Iba por las florestas cantando é invitando á los pajarillos, á quienes llamaba sus hermanos, á celebrar con él al Criador; rogaba á sus hermanas las golondrinas que no continuasen sus gorjeos mientras predicaba; llamando tambien hermanas á las moscas y á la ceniza (1). El canto de una cigarra le excita á alabar á Dios; reprende á las hormigas el mostrarse demasiado solícitas por el porvenir; separa del camino el gusano que allí puede ser pisoteado; en el invierno lleva miel á las abejas para que se alimenten; salva á las liebres y tórtolas de sus perseguidores; vende su manto para rescatar una oveja del poder del carnicero, y el dia de Navidad quiere que se dé mejor alimento al asno y al buey.

Para admirar estos hechos, será necesario que los practique el *Tio Tobias*?

Tambien las mieses, las viñas, las piedras, las selvas, y cuanto tienen de bello los campos y los elementos, le eran otros tantos estímulos para amar al Criador. En el huertecillo de cada

(1) « *Fratres mei aves, multum debetis laudare Creatorem... sorores meae hirundines... Segetes, vineas, lapides et silvas, et omnia speciosa camporum, terramque et ignem, aerem et ventum ad divinum monebat amorem... Omnes creaturas fratris nomine nuncupabat frater cinis, soror musca.* » TOMM. CELANO su discípulo, *Acta Ss. octobris*. Y las *Fioretti* de S. Francisco.

convento debía destinarse un cuadro de terreno á la plantación de las flores mas hermosas, á fin de dirigir allí alabanzas al Señor (1).

La abundancia de su amor no podia dejar de buscar expansion en una poesía tan original como él mismo, y donde no se encuentra ninguna reminiscencia de antigüedad, sino vivas efusiones del corazón é ímpetus de un amor infinito (2). Fué el primero que usó la lengua vulgar para escribir cánticos alabando al Señor, en cuyo género de poesía le siguió fray Pacífico, quien mereció la corona poética de Federico II.

Viendo San Francisco que se aumentaban los frailes Menores, pensó en darles una regla, y cuando se ocupaba de este pensamiento, le pareció una noche que había recogido tres pedacitos de pan, y que debía distribuirlos entre una multitud de religiosos hambrientos. Eran tan pequeñas aquellas migajas que temia se le perdiesen entre las manos. Entónces oyó una voz que decia: « Haz una hostia, y da de ella al que quiera comer. » Hizo cuanto se le ordenaba, y observó que el que no recibía devotamente aquella partícula, se cubria de lepra. Contó Francisco esta vision á sus hermanos sin poder comprender su misterioso sentido; pero al dia siguiente, hallándose en oración, una voz del cielo le dijo: « Francisco, las migajas de pan son las palabras del Evangelio; la hostia es la regla, y la lepra la iniquidad. »

(1) Es una particularidad notable entre los frailes esta veneración á las obras de Dios y el cuidado con que procuran conservar las plantas históricas. He hablado ya del árbol de San Benedito en Nápoles: en Roma tienen gusto de estar á la sombra de aquel árbol, bajo el cual San Felipe Neri, por medio de su belleza, dirigía hácia la virtud á los jóvenes de su oratorio: en Santa Sabina, tambien se enseña un naranjo plantado por Santo Domingo; y otro en Fondi por Santo Tomas de Aquino. Si Aristóteles ó Teofrasto escribiesen ahora la Historia natural, no olvidarian estas particularidades.

(2) Nadie me culpe, si la mente loca
Aqueste amor me torna desde ahora,
Que no hay ya corazón de bronce ó roca
Libre de amor, que hiende cuanto toca,
Al herir con su llama abrasadora.
Dado se ha la sentencia
De que el amor me mate,
Yo no quiero consuelos
Sino morir de amor.
Amor, amor, el mundo todo exclama,
Amor, amor, su creación proclama...
Amor, amor, me haces pensar tanto...
Amor, amor, me falta ya el aliento,
Amor, amor, me rinde tu quebranto,
Amor, amor, morirme yo me siento,
Amor, amor, soy presa de tu encanto,
Amor, amor, elevame á tu asiento.
Amor, dulce languidez,
Amor mio codicioso,
Amor mio deleitoso,
¡Oh! inúdame de amor.
Amor, amor, Jesus, yo buseo el puerto,
Amor, amor, Jesus, ven a mi lado,
Amor, amor, Jesus, si me ha inflamado,
Amor, amor, Jesus, ¡ah! yo soy muerto,
Amor, amor, te sigo enajenado...
Amor, amor, no seas insensible...
Amor, amor, á ti mi alma está unida.
Eres, amor, mi vida:
Dejarte no es posible,
Que está desfallecida
De amor inextinguible.

Entónces se marchó con dos compañeros á lo alto de un monte, ayunó á pan y agua, é hizo escribir su regla segun le fué dictada interiormente por el Espíritu Divino. Principia así: « La regla de los frailes Menores es observar el Evangelio viviendo en la obediencia sin tener nada propio, y guardando castidad. » El que pretendía entrar en esta religion, debía vender todos sus bienes para beneficio de los pobres, y sufrir un año de rigurosas pruebas antes de profesar. Los mismos superiores se llamaban siervos, y siendo todos *frailes Menores*, rivalizaban en humildad, lavándose los pies unos á otros.

El que sabía un oficio, podia ejercerle y anar de este modo su sustento; el que no, iba á la cuestación, que nunca debía ser de dinero. Ni la misma orden podia poseer mas de lo que la era puramente necesario. Debían tener especial cuidado de los pobres, desterrados, mendigos y leprosos. El que estando enfermo se impacientaba ó pedia medicinas, era indigno del título de religioso, porque manifestaba mayor cuidado por su cuerpo que por su alma. No debían visitar á las mujeres, sino predicarlas penitencia incesantemente. Si alguno pecase con ellas, debía ser al momento separado de la comunidad. En los viajes no podían llevar mas de un hábito, no permitiéndoles, ni aun un bastón. En caso de encontrar ladrones, debían dejarse despojar. No podían predicar sin estar autorizados, y prometían enseñar las doctrinas de la Iglesia, sin fórmulas de ciencia profana, y sin tratar de ser aplaudidos. En Roma residia un general, elegido por todos los miembros de la orden, asistido de un consejo, y de él dependían los provinciales y guardianes. En los capítulos generales tomaban parte los jefes de provincia, los guardianes y los diputados de los frailes de cada convento. Las comunidades celebraban sus capítulos una vez al año. Los superiores de Italia se congregaban tambien anualmente; pero los de la otra parte de los Alpes y de Ultramar cada trienio.

Inocencio III, á quien Francisco se presentó suplicándole confirmase su orden, con la facultad de predicar, pedir limosna y no poseer nada, pensó desde luego que esto era superior á las fuerzas humanas, y le negó su aprobación; pero tuvo despues una vision, en la que le pareció que bambolecaba la iglesia de San Juan de Letran, amenazando destruirse, y que la sostenían dos hombres, uno español y otro italiano, Domingo de Guzman y Francisco de Asis. Por tanto, de palabra aprobó la orden, haciéndolo despues solemnemente en el concilio IV de Letran.

Á los cuatro años de esta aprobación, Francisco, ó el Padre Seráfico, como le llamaban, reunió cinco mil frailes solo de Italia. Despues fueron aumentando, de tal manera que á pesar de hallarse la mitad de Europa extraviada por la reforma, se dice que en tiempo de la revolución francesa ascendían á ciento quince